

la lista de los condenados á muerte, ó cuando daban cuenta las sociedades afiliadas, de haberse cumplido la sentencia. Jamás admitió aquella asociacion en su seno á un solo hombre de honor, y mucho menos de virtudes; les inspiraba un secreto horror todo aquel que no se adheria á su suerte por medio del vinculo infernal de una depravacion acreditada. Cualquier salteador, cualquier asesino, podia estar tan seguro de una favorable acogida, como podia estarlo de ser desechado aquel que por sus cualidades no se habia de poder adaptar á su desenfreno. La pregunta que se dirigia á los que solicitaban pertenecer á la asociacion, que era la de: "¿Qué acción habeis cometido digna de que os ahorcasen, si se restableciese el antiguo régimen?" demuestra desde luego cuál era el vinculo que los ligaba. Se veia adornado su salon de sesiones con símbolos anárquicos, con estandartes tricolores y con bustos que representaban á los gefes revolucionarios de las épocas anteriores. Mucho tiempo antes de la muerte de Luis XVI, se hallaban colgados en la pared dos retratos adornados de guirnaldas, uno de ellos era el de Santiago Clement, y el otro el de Ravailiac, á cuyo calce se leia la fecha en que habian cometido su asesinato, y ademas estas palabras: "Fué dichoso; mató á un rey." Eran inferiores á sus contrarios en instruccion, elocuencia y gusto; pero les escedian en el arte de popularizarse; lograron atraerse á la plebe, porque conocian la manera de conmovier á la masa, de la cual procedian. Les eran desconocidas la razon, la justi-

cia y la humanidad; la adulacion, la turbulencia, y la crueldad eran los arbitrios infalibles de que se servian para seducir á la muchedumbre. Contentian por que la forma de gobierno fuese una exagerada democracia, porque este era el sistema que mas halagaba á la clase indigente que los apoyaba; mas no habia uno que mas contrario fuese á sus deseos é intenciones, que eran las de no admitir á otros para que participasen de un poder, que tanto se empeñaban en adquirir para sí mismos. A pesar de que en sus teorías sostenian que debia reinar una igualdad completa, eran en la práctica los mas absolutos tiranos; como nada tenian que perder, no eran escrupulosos en cuanto á las vias por las cuales pudiesen llegar á su engrandecimiento; puesto que carecian del freno que nos impone la conciencia: recogieron por algun tiempo los frutos de su maldad y audacia. Los caudillos de esta faccion eran Danton, Marat, Robespierre, Billaud Varennes, Saint Just, y Collot d'Herbois, nombres que estaban destinados á adquirir una execrable celebridad en las páginas de la historia de Francia, cuyos hechos se conservarán gravados en la mente, mientras exista en el corazon humano un resto de conciencia, y que han contribuido mas, con su conducta, á la destruccion de la libertad, que todos los tiranos que les precedieron [1].

Desde el momento de la apertura de la Convencion ocuparon los girondinos el lado derecho

(1) Toul, V, 139, Lac. II, 10. Mig. I, 214. Buzot 72, 84. Hist. de la Conv. I, 110. 112. Chateaub. Mem 76.

de la Asamblea, y los jacobinos los asientos de la parte superior de la izquierda, de donde les vino la denominacion de "la Montaña." Los primeros contaban con una mayoría de votos, á consecuencia de que la mayor parte de los departamentos se habian vuelto, comparativamente hablando, mas moderados en sus principios; pero los últimos poseian una gran ventaja sobre sus contrarios, y era la de que tenian de su parte á todos los miembros de la capital que cominaban á la plebe, la cual estaba siempre dispuesta á acudir á su voz, y á sitiarse en tropel á la Asamblea, cuando se deseaba; ademas contaban con el apoyo de la municipalidad, que se habia convertido ya en supremo poder del Estado y habia llegado á ser el vasto centro del partido democrático. Otro número de representantes habia en la Asamblea, á cuyo conjunto se dió la denominacion de "la Llanura;" se conservó adherida á los girondinos, hasta que el terror le hizo unirse á la faccion triunfante [1]

La faccion jacobina contaba con una multitud de sociedades que habia establecido en todas las ciudades populosas de Francia, las cuales estaban íntimamente relacionadas con el club principal que residia en Paris; aquellos trabajaban en formar prosélitos para éste, en diseminar sus principios, y enviaban nuevos y nuevos refuerzos de hombres enérgicos y ambiciosos á la capital, para que alimentasen el incendio.

(1) Mig. I, 215.

Tambien la municipalidad de la metrópoli habia entablado relaciones con todos los cabildos de Francia, los cuales, á consecuencia de haber sido electos por un sufragio casi universal, habian caido, en su generalidad, como sucede en todas las conmociones intestinas, en manos de las mas exaltadas facciones. Los jacobinos, de consiguiente, se hallaban posesionados realmente de todo el poder del Estado, de suerte que los girondinos no contaban con otro apoyo que el ministerio, que, dominado por la municipalidad, tampoco egercia autoridad alguna en Paris. En cuanto al ejército, supuesto que mediaba la circunstancia de que se le hubiese levantado en tiempo en que estaba la Revolucion en su efervescencia, no se podia confiar en que operaria en contra de los caudillos del pueblo; y aun cuando se hubiese podido hacer uso de él para tal objeto, la distancia á que se encontraba y los incesantes movimientos que ejecutaba sobre la frontera, impedian que fuese de alguna utilidad contra los tumultos de la capital (1).

Ambos partidos comenzaron á dirigirse recíprocas inculpaciones, á fin de pre-disponer á su favor el espíritu público. Los jacobinos echaban en cara incesantemente á los girondinos, el deseo de ver egecutada la disolucion de la república, el de dividirla en veinte y tres Estados democráticos independientes, unidos solo, á semejanza de los de la América del Norte, por

(1) Mig. I, 216. Lac. II, 10.

un simple pacto federal; y aunque nunca abrigaron los girondinos seriamente semejante idea, sino cuando el duque de Brunswick emprendió su avance, y corrió riesgo la capital de caer en sus manos, las imprudentes conversaciones de Brissot y otros caudillos del partido, y la exagerada admiracion con que veian á las instituciones de América, bastaban para dar á la acusacion apariencias de fundamento. Esto fué lo bastante para que completamente perdiesen su popularidad en Paris, cuya existencia dependia de conservarse como centro de la autoridad, bajo cualquier sistema que rigiera. Los girondinos hicieron á su vez á sus contrarios cargos mejor fundados, pero que no eran tan á propósito para inflamar al populacho. Les echaron en cara que se esforzaban por investir á la municipalidad de Paris con facultades superiores á las que tenia el cuerpo legislativo de la Francia; que coartaban la libertad de las deliberaciones de la Convencion por medio de peticiones insolentes, ó desplegando en su presencia el aparato de la fuerza armada, y que preparaban clandestinamente para elevar á sus favoritos Danton, Marat y Robespierre, un triumvirato que prontamente extinguiria toda la libertad que habia adquirido. La primera parte de esta acusacion era, aun por aquella época, muy bien fundada, y el tiempo demostró evidentemente que no lo era menos la última (1).

Uno de los primeros cuidados de la Conven-

(1) Th. III, 142, 145.

Setiembre 23.  
Estado que guardaba la hacienda pública.

cion fué atender á la hacienda pública. Por la memoria de Chambon, ministro de ramo, aparecia que las anteriores Asambleas habian autorizado la espedicion de asignados, por valor de setecientos millones, ó sea mas de 130,000 libras esterlinas; enorme suma si se atiende á que se habia desembolsado en tres años de una paz que casi no se habia interrumpido, y que evidentemente demostraba que habia desaparecido casi totalmente el origen comun de las rentas. Sin embargo, solo veinticuatro millones quedaban de este fondo inmenso. Fué de consiguiente indispensable otra nueva espedicion de asignados, y concedió inmediatamente la competente autorizacion para el efecto, dándose por garantías las propiedades de la nacion que á cada paso se aumentaban, y que llegaban á abrazar las dos terceras partes de los bienes rústicos de la Francia, á consecuencia de las continuas confiscaciones que se hacian de los pertenecientes á los emigrados [1].

Se trató al mismo tiempo de la formacion de una constitucion mas democrática todavía que la que habian establecido las Asambleas constituyente y legislativa. A mocion del duque de Orleans se abolieron los requisitos necesarios para obtener empleos de cualquiera categoría que fuesen. Dejó de ser indispensable desde aquel momento elegir á los jueces entre los abogados, y á los magistrados entre los

(1) Th. III, 151.

propietarios. Se declaró que podía nombrarse para el desempeño de todos los empleos á toda clase de individuos, y el derecho de votar en las elecciones primarias se confirió á todos, sin otra circunstancia que la de tener veintiun años cumplidos. Se estableció, pues, una igualdad completa en todo el sentido de la palabra (1).

Por aquel tiempo hizo Roland una pintura horrible de las matanzas que los emisarios jacobinos habian hecho que se perpetrasen por toda la estension de la Francia. "Los desórdenes de Paris, dijo, se ha imitado al pie de la letra en los departamentos. No se deben atribuir estas calamidades á los efectos de la anarquía, sino á esos tiranos de nueva especie, que se han aparecido en Francia en los momentos en que acababa de hacerse libre; de Paris proceden las incessantes instigaciones que conducen á la matanza. ¿Cómo podremos preservar al pueblo de la mas espantosa miseria, cuando hay tantos ciudadanos á quienes hace permanecer ocultos el temor de perder sus vidas, y cuando todos los dias se fijan en las calles de la capital esas listas de proscripcion, en que se escita al pueblo al saqueo, al asesinato y á la rapiña? ¿Cómo podrá formarse la constitucion de la Francia, cuando la Convencion á cuyo cargo está esa empresa, delibera bajo los puñales de los asesinos?" Despues de una discusion acalorada, se acordó espedir un decreto contra los instigadores del homicidio, y para el establecimiento de una guar-

(1) Th. III, 142, 145.

dia departamental, el cual no pudo ser llevase á efecto á consecuencia de los acontecimientos posteriores (1).

Los girondinos, previendo los males que podia ocasionar el carácter de Robespierre, dirigieron contra él sus ataques.

Acusan á Marat los girondinos.

Osselin y Barbaroux lo acusaron sin rodeos de que aspiraba á la dictadura; mas los gefes del partido, no convencidos todavía de la necesidad que habia de tomar medidas enérgicas contra tan terrible adversario, hicieron infructuoso el enunciado paso. Se acusó á Marat en seguida, y habiendo comparecido ante la Asamblea, horrorizáronse los miembros de ésta al verle: las matanzas que con tanta vehemencia habia recomendado se cometiesen, en su periódico intitulado: "L' Ami du Peuple," [El Amigo del Pueblo,] estaban indeleblemente grabadas en la memoria de los diputados. Vergniaud leyó un número del impreso en cuestion, en el cual friamente se decia, que era necesario cortar setenta mil cabezas para que la libertad se cimentase en Francia; á esta asercion aplaudieron las galerías. Otro de los girondinos leyó en seguida otro papel que habia publicado pocos dias antes el acusado, en que decia: "Solo una consideracion me aflige, y es la de que todos los esfuerzos que hago, serán inútiles si no se efectúa otra Revolucion. Cuando observo el carácter de la mayoría de los diputados de la Convencion nacional, desespéro de la salvacion de la pátria.

(1) Th. III, 152, 155.

Si durante sus ocho primeras sesiones no veis formados los cimientos de la constitucion, nada espereis ya de sus tareas. Entoncez podreis decir que os esperan cincuenta años de anarquía, de la cual solo os podrá librar un dictador, buen patriota y verdadero hombre de Estado. ¡Oh pueblo charlatan! ¡si supieras obrar!” A estas palabras se levantó una inmensa grita que no dejó proseguir al orador; unos aplaudian y otros esclamaban: “¡A la Abadía! ¡á la guillotina! [1]”

Subió Marat á la tribuna para contestar; era la primera vez que en aquel sitio se le veia, y fué tal el horror que infundió su aspecto, que por mucho tiempo no pudo conseguir que se le oyese. Confesó que era el autor de lo que se habia leido, y aseguró ser su contenido parto de su imaginacion. “Pedir que me retracte, dijo, es exigirme que no perciba lo que veo, que no sienta lo que siento, y no hay poder humano que sea capaz de ejecutar en mí semejante trastorno de ideas; me es posible responder de la pureza de mi corazon, pero no variar de pensamientos, y éstos emanan de la naturaleza misma de las cosas.” Los jacobinos manifestaron su aprobacion con tumultuosos gritos. Muchos miembros irresolutos, horrorizados de las proscripciones á que se aludia, y sobrecogidos de terror al aspecto de sus autores, se ausentaron de la Asamblea. El acusado, conociendo la ventajosa posicion en que se encontraba, sacó de su bolsillo una pistola: “que os avergüenze, dijo, la

(1) Mig. 218, 219. Lac. II, 6, 8. Th. III, 163.

temeridad que habeis cometido con acusar, como lo haceis, á los patriotas. Si esa acusacion que proponcis se lleva á efecto, me vereis levantar la tapa de los sesos al pié de la tribuna. ¡Ese será el premio que reciba por los esfuerzos que hago, por los padecimientos y la miseria que sufro por sostener la causa del pueblo!” La Asamblea ocultó su temor bajo el disfraz del menosprecio, y habiendo declarado, á mocion de Tallien, que la república era una é indivisible, despidió al acusado impune, dándole con esto el prestigio que atrae un positivo triunfo [1].

Poco despues se presentó otra acusacion mas formidable aún que la primera, y su autor fué Louvet, uno de los mas diestros é intrépidos caudillos del partido de la Gironda. Roland, como ministro del interior, habia hecho una luminosa relacion del estado que guardaba la metrópoli, y en ella habia revelado sin temor los sanguinarios proyectos del cabildo. “Cuando los principios de la sedicion y del homicidio, decia, paladinamente se confiesan y públicamente se aplauden, no solo en los clubs sino aun en el seno mismo de la Asamblea, ¿podrá dudarse de que existen algunos partidarios del antiguo régimen, algunos falsos amigos del pueblo, que, ocultando su perversidad bajo el disfraz del patriotismo, tienen el designio de derrocar la constitucion, y saciar su sed de sangre y de riquezas á espensas de la destruccion del pueblo?” Dicho esto, le-

Acusa Louvet á Robespierre.

(1) Lac. II, 89.

yó una carta del presidente de la segunda seccion del tribunal de lo criminal, en que manifestaba que su vida y la de sus colegas corria peligro, y que, espresándose en el estilo de aquella época, necesitaba el Estado que se le aplicase otra *nueva sangria*. Al oír esto se volvieron los rostros de todos á Robespierre, quien subió inmediatamente á la tribuna, y exclamó. “No habrá quien se atreva á acusarme frente á frente.” “Pues yo os acuso, dijo Louvet con voz firme, mirándolo con impavidez; sí, Robespierre, yo os acuso.” Se inmutó el tirano al aspecto de su adversario, porque habia ya tenido pruebas de su talento y de su energía en la reunion de los jacobinos. Entonces Louvet pronunció un discurso fuerte á la vez que elocuente, en el cual pintó el carácter y pormenorizó los hechos de su contrario. Manifestó cual habia sido su manejo en el club de los jacobinos, en la municipalidad y en la Asamblea electoral; que no era otro que el de calumniar constantemente á sus contrarios y adular á la plebe; aprovecharse para sí propio de la ceguedad de la muchedumbre, y escitarla desenfrenadamente á la perpetracion de todo género de excesos; ultrajar en nombre de ésta la respetabilidad del cuerpo legislativo, y obligar á la autoridad suprema á espedir los decretos que él queria, amenazándola con que se seguiria una rebelion si no se consentia en sus caprichos; dirigir, aunque invisible, los asesinatos y robos de Setiembre, con el fin de consolidar, por medio del terror, el poder que la municipalidad usurpó; despachar emisarios por toda la estension de la

Francia para que excitasen al pueblo á cometer iguales crímenes, y para inducir á las provincias á que imitasen el ejemplo de la municipalidad de Paris y se pusiesen bajo su obediencia; haberse ocupado sin cesar en su alabanza propia, y aumentar mas y mas la elevacion y autoridad del pueblo, á cuya clase pertenecia. “La gloria de la sedicion del 10 de Agosto, añadió, á todos nos toca; pero la de las matanzas del 2 de Setiembre, es solo vuestra. Inútil fué toda la elocuencia de Roland; se encadenó al brazo tutelar de Petion; Danton no quiso moverse; los presidentes de las secciones esperaban órdenes del general en jefe, que nunca llegó á presentarse; los miembros de la municipalidad presidieron con los distintivos de su autoridad á las matanzas, y las órdenes que habeis dado se cumplieron, por desgracia, con demasiada exactitud (1)”.

La elocuenoia de Louvet escitó una fuerte sensacion en la Asamblea, mas no le supieron apoyar con energía sus compañeros los girondinos. Repetidas veces se remitió á Petion, á Vergniaud y otros de los gefes del partido, para que corroborasen sus asertos, mas no tuvieron éstos valor de manifestar la verdad. Si hubiesen afirmado que era cierto la cuarta parte de lo que sabian, se habria tomado en consideracion la acusacion, y habrian destruido al tirano en su cuna. Pero Robespierre, temiendo los efectos

(1) Mig. I, 224. Lac. II, 17. Th. III, 213.

de ella, pidió que se le concediesen ocho dias para preparar su defensa. En este intervalo se pusieron en práctica todas las medidas de inspirar terror: los jacobinos fulminaron acusacion tras acusacion contra el intrepido delator, y todos los principales miembros de la Montaña se esforzaron con infatigable empeño en atemorizar á sus contrarios. Fué enfriándose la primera impresion por grados, y espirado el término convenido, subió á la tribuna el acusado con aire de triunfo. Los diputados llegaron á considerar la acusacion como un debate personal de Louvet para con Robespierre, y no concibieron temor alguno de un hombre á quien juzgaban como decia Varone, "un hombre de las circunstancias, algo promovedor de discordias" (1).

En la conclusion de su discurso, que fué enérgico y vehemente, Robespierre, aludiendo á las matanzas del 2 de Setiembre, dijo: "Sin duda, era ilegal la carniceria que se cometió en las cárceles; ¿pero lo fué menos la sedicion del 10 de Agosto ó la del 14 de Julio? Si hemos de retroceder á lo *legal*, ¿quién habrá que sostenga á la revolucion, ni quien que os liberte de un juicio por delito de alta traicion? Cuidado no vayais por medio de tales doctrinas, á hacer que se dude del origen mismo de vuestras facultades. En virtud de medidas legales jamás se hubiera logrado siquiera mover el despotismo: porque, ¿cual es el soberano que establezca fórmulas legales para que se le derroque?

(1) Louvet 52.

Se dice que ha perecido un inocente. Se ha ecsagerado con demasia el número de los que han padecido; pero suponiendo que habia entre ellos un inocente, esta es demasiada desgracia, porque el individuo en quien recayó era acaso un buen ciudadano, uno de nuestros mejores amigos. Llorad por él, llorad aun por esos indignos cuyas cabezas cayeron bajo la cuchilla de la justicia popular; pero pues todo tiene término en la tierra, ténganlo igualmente vuestros gemidos. Reservemos algunas lágrimas para calamidades mayores. ¡Llorad por cien mil ciudadanos á quienes sacrificó la tiranía! ¡llorad por vuestros conciudadanos asesinados en la cuna ó en los regazos de sus madres! ¿No teneis hermanos, hijos ó mugeres á quienes vengar? La familia de los legisladores franceses es la patria, es la especie humana toda, á escepcion de los tiranos y sus defensores. Llorad pues, al contemplar á la humanidad gimiendo bajo tan odioso yugo; pero consolaos al considerar que destruyendo á la vil discordia, afanzareis la felicidad de vuestra patria, y preparais la del mundo." Divergente en sus opiniones, se prestó la Asamblea á lo que propuso Robespierre sobre poner fin á las cuestiones personales, y pasó á tratar de los negocios del dia. En vano Barbaroux y Lanjuinais se empeñaron en sostener la acusacion; los gefes del partido de la Gironda, que cuando se trataba de obrar, se mostraban irresolutos, vacilaron en sostenerlos. "Si en la república existiese", dijo Barrere, "un hombre que